

Abruzzo: siete dias despues del terremoto

Reportaje fotografico de Manuela Aldabe



Terremoto.

Los habitantes de Abruzzo lo llaman “temblor principal” o “tragedia anunciada”.

Los muertos, en total, fueron 287. Más de 160 pueblos están en ruinas.

Desde muy temprano, ese lunes seis de abril 2009, quería viajar hacia esa región central de Italia.

Pero era necesario esperar. Esperar que el dolor empezara a digerirse, que terminaran los funerales, que se apagaran algunos reflectores para comenzar a fotografiar en serio y sin ser una loba en busca de la presa que llora su desgracia.





Solo cuando mis pantalones se llenaron de polvo pude comprender la dimensión de lo que había ocurrido. Estuve tres días en las montañas, entre pueblos italianísimos y la moderna periferia de la ciudad de L'Aquila, con su enorme campamento en *Piazza d'Armi*. Tres días tan llenos de escombros que de vuelta en Turín, en el norte del país, donde vivo, me parecía raro ver edificios, casas sin grietas en sus paredes, como si en mi cerebro se hubiese sellado la imagen del derrumbe abruzzese.



Terremoto.

Es difícil comprender el sentido de una palabra tan devastadora.

Perder las “cuatro paredes” no significa perder la casa, es perder la identidad, la intimidad, la historia. Identidad son los album de fotos bajo los escombros, aquel adornito que una hermana había traído de un país lejano, o tan sólo los documentos que nos permiten existir en este país, en esta Europa.

Perder la intimidad es tener que vivir en una carpa con otras dos o tres familias a las que apenas una semana antes se les decía buen día, buenas noches.





26 anos, solo 26

Distintas historias, distinta gente: Pio y Angela dos ancianos de Fossa, casados en el '56, con tres hijos y tres nietos ahora están sentados tomando un café en la carpa-comedor tratando de escapar del frío que entra en los huesos; la desesperación de una inmigrante con su permiso de residencia casi vencido y todos los documentos para pedir la renovación bajo una montaña de mil paredes, puertas, ventanas; el miedo de Rosario, peruana madre de una beba de seis meses que trabajaba como doméstica en una casa donde todos murieron y a ella no le quedo ni siquiera el último sueldo que le debían pagar en la primer decena del mes



En un momento de pausa un fotógrafo me contó la desesperación de haber perdidos diez años de negativos fotográficos: casamientos, bautismos, fiestas. En ese momento comprendí el significado más allá de sus víctimas, la sutil línea que separa el antes y el después de un terremoto. No sólo los archivos del *Palazzo di Giustizia* quedaron bajo los escombros, sino también los archivos de la gente. Y quizás son esos los archivos más importantes, los archivos que hacen, que cuentan la verdadera historia.

Fui hasta allá preparada para fotografiar la muerte, el silencio y me encontré sacando fotos de flores y macetas en ventanas rotas, en lugar de silencio me encontré con gente que necesitaba hablar, gente que se preguntaba “¿Por qué nos decían quédense tranquilos?”.

Una adolescente de dieciséis años, mientras me ayudaba a ponerme los lentes de contacto al aire libre en el campo de San Biagio, me contaba que estuvo tres días sin lentes ni anteojos, que la noche del terremoto dormía en el living con toda la familia cuando todo comenzó y su padre la tomó de un brazo mientras en el otro llevaba a su hermana menor, “no veíamos nada, estaba todo oscuro, los cables de alta tensión se habían caído por el piso, quien sabe cuantas veces les pasamos por encima”. A media noche un temblor más tenue había asustado a todos, por eso algunos dormían en el living. Otros en el auto, pero muchos dormían en el segundo o tercer piso y no se salvaron.



“¿Por qué nos decían que estemos tranquilos?” me pregunta Stefano, habitante de Tempera, padre de dos hijos, obrero de una fábrica en las afueras de Tempera. Y continúa “nosotros habíamos reestructurado la casa: 250.000 euros que nos salvaron la vida, pero hay que tirarla abajo. Hacía meses que sentíamos las sacudidas, una semana antes habían cerrado las escuelas luego de un temblor y mi esposa, maestra, vio como hicieron los controles: pasaban mirando las paredes y corredores a ver si había alguna grieta. Controles demasiado superficiales... quizás no le dieron a las cosas su debida importancia”.



“Sin alarmismos pero sin preparación” se lamentaba otro habitante. Y es muy cierto el hecho que una semana después del terremoto en algunos pueblitos la *Protezione civile* todavía no había llegado, “escenas de tercer mundo cuando llegamos con el camión lleno de alimentos” me dijo un voluntario de la Asociación Misericordia proveniente de Nápoles. Y ahora? Ahora gente piensa en reconstruir. ¿Dónde? En el mismo lugar, “quizás un poco más allá, seguro una casa más pequeña, ahora sabemos que algunas cosas son superficiales, pero que otras son esenciales.”

